

PATTI CALLAHAN HENRY

El
LIBRO
SECRETO
de FLORA
LEA

Traducción de:
PUERTO BARRUETABEÑA



MAEVA

*Para las mujeres sabias y luchadoras
de Friends and Fiction: Mary Kay Andrews,
Kristin Harmel, Kristy Woodson Harvey y Meg Walker*

Dijo el río:
«Imagina todo lo que puedas imaginar, luego sigue adelante».

MARY OLIVER

1

«Había una vez, no muy lejos de aquí, hace no tanto, un lugar invisible que todavía existe y está aquí mismo, cerca de nosotras. Si naces conociéndolo, encontrarás en medio del bosque el camino que lleva hasta unas puertas resplandecientes que se abrirán para que entres en una tierra hecha, precisa y exactamente, para ti».

HAZEL MERSEY LINDEN, 1939

Binsey, Oxfordshire

Octubre de 1940

FLORA LEA LINDEN, de seis años, se despierta sobre una manta roja junto al río. Está sola bajo un cielo azul que forma una cúpula perfecta, y rodeada de los cantos de los pájaros silvestres. «¿Alguien ha dicho mi nombre?». Mira alrededor, al prado verde y al agua del río Támesis, que fluye llena de remolinos y que parece guiñar un ojo a ratos. De vez en cuando es como si frunciera el ceño, a punto de inundar sus orillas y de llevarse consigo hasta el mar todo y a todos los que se atrevan a aventurarse en su cauce.

El río sigue su curso hacia Oxford, donde los estudiantes corren de acá para allá para ir a ver a sus profesores bajo la atenta vigilancia de las torres coronadas por pináculos que flanquean

las calles adoquinadas. Después esas aguas discurren por recor- dos y meandros, adquieren más fuerza y superan muros de pie- dra y esclusas mientras cruzan las tierras de Inglaterra hasta alcanzar Londres. Allí, sobre las calles de la ciudad, caen bom- bas que dejan una gran destrucción y provocan que las ascuas y las cenizas de las catedrales en llamas y de las casas arrasadas también acaben en el río.

«¿Alguien ha dicho mi nombre?». Flora se incorpora para sentarse y se frota los ojos. No está sola del todo. La acompaña *Berry*, su osito de peluche. Y no tiene miedo. ¿Por qué iba a te- nerlo? Su hermana mayor, Hazel, le ha dicho muchas veces que esos bosques les pertenecen: que el claro sombreado con sus sa- grados charcos iluminados por el sol, que se cuela a través de un gran agujero en el dosel de ramas, es un lugar seguro, preparado para las dos hermanas y creado solo para ellas.

Se levanta y se acerca con cuidado al río. Hazel últimamente se niega a ir con Flora a *Whisperwood*, así que no le queda más remedio que ir sola. Es suyo, no debe abandonarlo: el castillo deslumbrante, el bosquecillo de alisos, las ardillas parlanchinas y los árboles animados.

Hazel le ha dicho a Flora que las luces centelleantes que se ven en el río son estrellas y galaxias que tienen prisa por llegar al mar. Y le ha ordenado que nunca «se convierta» en el río, como suele pasar cuando se trata de otras criaturas del bosque, y que no beba de sus aguas. Si lo hiciera, nunca volvería a en- contrar el camino de vuelta a casa con mamá ni con *Bridie*, ni el que lleva a su acogedora casita en medio de los campos cubiertos de brezo. Eso le ha dicho.

Ese río tan fascinante está, como la manzana de la Biblia, prohibido.

Pero Flora no se cree que ese río hermoso, lleno de estrellas, pueda ser peligroso. Le agarra con fuerza la pata peluda y gas- tada a *Berry* y se acerca un poco más a la corriente, emocionada

por la valentía que está demostrando. No sabe lo que puede pasar si se lanza a esa aventura, ni en quién se convertirá.

Oye una voz familiar cerca, en el bosque, pero la ignora.

Para llegar hasta allí hay que cruzar una puerta resplandeciente y Hazel está demasiado ocupada para verla. El río es el compañero de Flora, su amigo, y esa intimidad hace que se aproxime muy poco a poco, cada vez más, a la orilla.

Hazel nunca quiere jugar a que son conejitos, así que eso es lo que ha decidido que va a ser ese día. Flora va a ser un conejito.

Mira fijamente las aguas agitadas del río en busca de estrellas, pero solo ve lodo, cieno y, en el fondo, un lecho de piedras erosionadas por la corriente. Empieza a bajar por una pendiente fangosa y sus botas de goma resbalan justo en un punto en el que la hierba algo mustia de octubre se convierte en barro. Se cae de culo y se echa a reír.

«¡Vaya aventura!».

Berry se le escurre cuando tiene que hundir las palmas y los dedos en la tierra empapada para evitar resbalar hasta las aguas heladas. Se desliza un poco más en un intento por atrapar al osito, que se ha detenido muy cerca del río.

—No pasa nada —le dice y estira la mano para alcanzarle la patita, mientras repite las palabras de su hermana—. Esta tierra es nuestra. Siempre estamos a salvo en *Whisperwood*.

2

Marzo de 1960

HASTA EL MOMENTO en que Hazel Linden desató la deshinchada cinta de terciopelo rojo de aquel libro, con encuadernación en pergamino de cartera, su último día en Hogan's Rare Book Shoppe, en Bloomsbury, había sido tan normal como cualquier otro. Pasaba las jornadas organizando, clasificando y preservando el impresionante inventario de la librería. Eso sí es que se podía decir que era algo de lo más normal trabajar entre algunos de los libros y coleccionables más raros de Inglaterra y otros objetos de interés relacionados con la literatura autóctona.

Hazel registró en su mente todos los detalles de su último día de trabajo en la tienda con cierta melancolía y cierto dramatismo. Aquella iba a ser la última vez que colocara *El hobbit* en su estantería, con su cubierta decorada con una montaña de cumbre nevada.

También la última que iba a disfrutar al contemplar, tras los altos escaparates de vidrio ondulado que daban a Charing Cross Road, un fresco día de marzo salpicado por breves chaparrones de una lluvia primaveral desde el interior de la tienda calentita, con su iluminación tenue y rodeada de la colección de volúmenes encuadernados en piel.

Las paredes estaban pintadas de un verde tan oscuro que casi parecía negro, y había apliques de color bronce cuyos brazos se dirigían a las estanterías. Fotos de autores famosos en marcos negros lacados adornaban la pared que había tras la caja registradora. Una madre y una hija con chubasqueros rojos, a las que

Hazel llamaba «janeistas» dada su adoración por Jane Austen, suspiraban ante una edición de *Orgullo y prejuicio* que no se podían permitir. El olor del papel antiguo, el polvo y la historia se mezclaban con el dulce aroma de las lilas que ella misma había llevado de su jardín trasero y había colocado en un jarrón en el mostrador.

Hazel, con un vestido que imitaba el estilo de Mary Quant y que había comprado en un mercadillo callejero de Notting Hill, el pelo rubio oscuro largo hasta los hombros y un flamante flequillo, que desde luego no había quedado como el de la foto que llevó a la peluquería, lo contemplaba todo desde detrás de la antiquísima caja registradora. Notaba un leve latido detrás de los ojos. La noche anterior no debería haberse tomado aquel último *whisky* (siempre era el último *whisky* el que le sentaba mal). Pero el atontamiento matutino había merecido la pena por lo bien que se lo había pasado en el *pub* con Tim y Poppy, sus compañeros de la librería. Habían bautizado aquella noche, de una forma un poco morbosa, como «el velatorio de despedida de Hazel».

—Para nosotros estás muerta —afirmó Poppy entre risas.

Pero tras esa declaración tan rotunda llegaron felicitaciones y brindis por el trabajo que acaba de conseguir en Sotheby's. Su nuevo puesto en el equipo internacional de especialistas en libros y manuscritos raros de literatura inglesa era el trabajo que todos querían, pero se lo habían ofrecido a Hazel. Sus colegas se habían portado de una forma extraordinaria con ella cuando lo consiguió, aunque sabía que, si hubiera sido al revés, ella estaría muerta de envidia.

—Pero vas a tener que trabajar con ese lord Arthur Dickson tan insufrible —añadió Tim—. Tengo que decir que el adjetivo le queda que ni pintado. —Y fingió un escalofrío.

Hazel sacudió la cabeza y le dio un puñetazo suave a Tim en el hombro.

—Un precio muy bajo a cambio de tener acceso a todas esas colecciones privadas y formar parte del mundo de las subastas en Londres.

—En serio, no va a ser lo mismo que en la tienda. Allí son todos mucho más estirados y esnobs —continuó Tim—. Lo mejor de nuestro trabajo es que no hay dos días iguales. Te digo desde ahora que allí no te vas a divertir tanto, ni mucho menos, como con nosotros.

—Estoy segura de que no. Pero vendré a veros a menudo. Lo prometo. No me voy a mudar ni a dejar la ciudad.

Poppy hizo girar el vaso entre las manos.

—Yo habría preferido la especialidad en atlas y mapas.

—No dejes de intentarlo —la animó Hazel—. Tal vez lo consigas algún día.

Poppy se encogió de hombros y le dio un largo sorbo a su pinta.

—Aunque en cuanto puse un pie en Hogan's supe que estaba hecha para esto, las chicas como yo no acaban en Sotheby's.

—Eso no es cierto —la contradijo Hazel, pero no podía negar que tenía sentimientos encontrados cada vez que pensaba en dejar Hogan's para irse a Sotheby's.

Aceptar su trabajo soñado en colecciones literarias raras significaba renunciar a la seguridad y la comodidad de la tienda. Cuando empezó a trabajar allí lo consideró un sitio de paso, un trabajo postuniversitario para mantenerse a flote hasta... ¿Hasta qué? No lo sabía. Después de la guerra nadie en Inglaterra sabía qué pasaría a continuación.

Pero tras su último día tendría que dejar atrás la tienda y a sus maravillosos compañeros: el anciano dueño, Edwin Hogan, y su hijo de sesenta años, Tim, que llevaba ya demasiado tiempo esperando el momento de hacerse cargo de la tienda. Y también estaba Poppy, la más joven de todos, que, con solo veinticinco años, llevaba trabajando allí desde los dieciocho. Cuando era

adolescente, Poppy entraba muchas veces a deambular por allí y hojear ejemplares antiguos de *Alicia en el País de las Maravillas* durante horas, hasta que un día Edwin le dijo que tenía que empezar a trabajar en la tienda o no volver a pisarla. Más adelante, Hazel se enteró de que Poppy no estaba allí pasando el rato: es que no tenía otro sitio al que ir. Era huérfana de guerra, pero cuando se hizo demasiado mayor tuvo que dejar la London Orphan School, cerca de Hampshire, donde había vivido hasta entonces, y dormir en parques o en los sofás de amigos que le permitían quedarse con ellos una temporada. Mientras, buscaba trabajo, pero nadie quería darle una oportunidad.

Edwin le proporcionó una nueva vida y le enseñó lo mismo que a todos: si cultivas el amor de un cliente por los libros únicos y raros, no solo ganarás una venta ese día, sino que tendrás un comprador fiel durante décadas. Poppy se grabó aquello a fuego, y con el tiempo había logrado encontrar sitio en un piso de dos dormitorios que compartía con otras cuatro mujeres y tenía un futuro repleto de sueños.

Hazel les prometió a los tres que iría a verlos regularmente. Después de todo, eran casi de su familia.

—¡Hazel!

Levantó la vista. Edwin, a sus noventa y dos años y con apariencia de tener incluso más, se acercó renqueando desde la habitación del fondo con el bastón de plata marcando el paso, más que conocido, sobre el suelo de parqué.

—Hay unos cuantos libros recién llegados ahí atrás —anunció—. Regístralos y guárdalos en la caja fuerte.

No podía esperar un sentimentalismo sensiblero por parte de Edwin, ni siquiera en su último día. Pero sabía que, bajo esa espesa barba blanca y los ojos entornados de un azul acuoso muy pálido, latía un corazón tan blando como una almohada de plumón. Lo había visto en las palabras amables que le dedicó a un cliente que se vio obligado a vender su preciada primera edición

de *La importancia de llamarse Ernesto*, de Wilde; en la forma en que había sacado a Poppy de las calles; y en las lágrimas que le llenaban los ojos cuando sus bisnietos entraban corriendo en la tienda. Incluso cuando los regañaba con voz muy seria diciendo: «No toquéis nada de nada con esos dedos pegajosos».

—Ahora mismo me pongo con ello, señor.

Esa era su tarea favorita, desembalar y catalogar lo que llegaba por correo. Primero tenía que comprobar cada volumen en el catálogo de referencia de las subastas bibliográficas, un libro encuadernado en tela roja. A continuación, tras cada tirón de la cuerda o de la cinta de embalar con que estaba bien envuelto, encontraba otro nuevo tesoro. Y, aunque ese iba a ser el último envío que registraría allí, la última vez que esperaría con ilusión el momento de rebuscar en las cajas que había donado algún viejo profesor para encontrar algo que mereciera la pena, se consoló pensando que seguro que en Sotheby's pasarían por sus manos otros libros más raros y más importantes.

Sonrió por la emoción que le provocaba su nuevo trabajo en la mayor casa de subastas del mundo.

Había que perder para ganar, como sucedía en casi todos los mitos: nacimiento, muerte, renacimiento. Algo tenía que morir para que algo más naciera. Un trabajo viejo que daba paso a uno nuevo.

«Pero qué dramática eres». Fue como si oyera a su amado Barnaby diciéndole aquellas palabras que, en el fondo, ocultaban su admiración.

Abrió la puerta de vaivén pintada de verde con un empujón de la mano, que situó en el mismo sitio de siempre; después de quince años, seguro que justo ahí había una huella de su palma, invisible pero permanente.

Había cuatro paquetes envueltos en papel de embalar marrón y atados con cuerdas sobre una mesa de pino que presidía la habitación polvorienta. Para Hazel, esa parte del trabajo era

como el día de Navidad. Edwin tenía un don increíble para localizar volúmenes interesantes antes de que nadie supiera que estaban en el mercado. «Para ser un buen librero, necesitas el cerebro de un investigador, porque hay que saber qué preguntas hacer y dónde encontrar las respuestas».

Junto a los paquetes, justo a la izquierda, había un grueso cuaderno de tapas de cuero negro. La letra apretada de Edwin llenaba las finas líneas de la cuadrícula. Hazel había necesitado casi un año para descifrar la caligrafía de su jefe; había sido como aprender a leer jeroglíficos. ¿Cuánto tiempo le llevaría a su siguiente empleado entender a Edwin como lo hacía ella?

En el viejo cuaderno, a la derecha de cada entrada, había dos columnas para que Hazel introdujera los datos con letra clara: estado del volumen y número de identificación. Ella registraba en qué condiciones estaba todo lo que llegaba a la tienda y le asignaba un número de inventario. Luego guardaba el artículo en la caja fuerte, hasta que Edwin decidía dónde y cómo lo iban a exponer.

Leyó la lista de lo que había llegado:

1. Primera edición de *Cuento de Navidad*, de Dickens.
2. Carta manuscrita de Hemingway a Fitzgerald, 1932.
3. Edición (no primera) firmada de *El hobbit*, de J. R. R. Tolkien.
4. Primera edición de *Historia de la filosofía occidental*, de Bertrand Russell, con la sobrecubierta hecha con un mapa de la Segunda Guerra Mundial.
5. Primera edición firmada de un cuento de hadas de una autora estadounidense, Peggy Andrews, con ilustraciones originales, pintadas a mano por Pauline Baynes.

A Edwin le encantaba hacerse con las ilustraciones originales de los volúmenes, porque su valor aumentaba mucho con el

tiempo. Y, cuanto más popular fuera el libro, más codiciados eran para los coleccionistas los dibujos originales. Pero no se limitaba todo a las primeras ediciones; a Tim le importaba especialmente el viaje que había hecho cada ejemplar. Él los valoraba no por el número que tuvieran en el orden de impresión, sino por la historia de quien los había adquirido, amado e incluso entregado. Ese paquete con las ilustraciones de Baynes sonaba prometedor, así que Hazel lo dejó para el final.

Se puso unos guantes blancos y dedicó treinta minutos a catalogar el contenido de los paquetes. La encuadernación en lienzo de *Cuento de Navidad*, de Dickens, tenía en la portada un pequeño desgarró en la parte inferior derecha y una reducida decoloración en la esquina delantera izquierda. Pero, aparte de esos defectos tan insignificantes, se trataba de una edición estupenda que seguro que expondrían bajo llave en la vitrina de la sala principal.

Hazel anotó los detalles en el cuaderno y dejó el libro a un lado. Abrió la carta de Hemingway, buscó manchas o desgarró y comparó las firmas con las originales que tenían en los archivos. *El hobbit* estaba en perfectas condiciones y obviamente lo habían guardado como un tesoro, no solo como un libro para leer y disfrutar. Y, por último, el de Russell era un ejemplo extraordinario de cómo, durante la época de escasez de papel que siguió a la Segunda Guerra Mundial, se utilizaban mapas antiguos como sobrecubiertas. Ese era de Stettin, con rutas y carreteras marcadas con claridad, e incluía una advertencia: «Solo para uso del Departamento Naval y de Guerra».

Entonces su mente se distrajo. Esa noche Barnaby y ella tenían previsto cenar con su madre, su padrastro y su hermanastro. ¿Habría alguna forma de librarse? «No», como le diría Barnaby para después darle un beso y recordarle que estaba de su lado.

Y, después de eso, ¡sería libre! Tenía tres maravillosas semanas de vacaciones antes de empezar el nuevo trabajo.

Su intención era disfrutar al máximo de los días totalmente libres que le esperaban. Tal vez tomara un tren para ir a Escocia o un ferri con destino a Irlanda. Incluso podía escaparse a Brighton Beach para sentarse en algún patio con un libro y nada más que hacer que leer. Aunque en realidad solo tenía un plan: hacer un viaje de una semana con Barnaby a París. Ya habían reservado el hotel y habían comprado los billetes del ferri. Saldrían a tomarse unos cócteles muy elegantes en bares, no en *pubs*. Además, ella quería subir a la Torre Eiffel, deambular por el Louvre y con suerte hacer el amor como locos en su habitación de hotel con vistas a las Tullerías. Había estado ahorrando cada céntimo para comprarse dos vestidos nuevos que ya tenía colgados en el armario, a la espera del viaje.

Primavera en París.

—¿Hazel? —La voz de Tim la sacó de su ensoñación. El último paquete todavía conservaba su envoltorio intacto—. Aquí hay alguien que pregunta por ti —añadió.

Hazel recorrió el pasillo oscuro que iba de la parte de atrás hasta la sala principal y encontró a un hombre alto esperándola, con un sombrero de fieltro negro y un abrigo empapado por la lluvia. A su lado había una mujer con el pelo negro azabache que iba vestida de rojo de arriba abajo, abrigo y sombrero incluidos.

—¿En qué puedo ayudarles? —preguntó Hazel.

—Un colega de Foyles me ha dicho que viniera aquí y preguntara por usted —explicó el hombre—. Se le ocurrió que usted podría tener localizada la edición de los poemas de Auden que el autor publicó por su cuenta en 1928. Y yo espero que así sea.

—Ah, Tim siempre dice que el optimismo es una cualidad esencial en un coleccionista de libros —respondió Hazel con una sonrisa llena de confianza, y le hizo un gesto para que la siguiera hasta un rincón del fondo de la sala, donde tenía el librito rojo a buen recaudo.

La mujer se quedó donde estaba y Hazel no volvió a fijarse en ella, ni siquiera después de que el hombre comprara el libro y ella se lo guardara en un sobre encerado.

—¿Es usted coleccionista? —preguntó con curiosidad.

—No. —Él negó con la cabeza—. Lo hago por amor. —Señaló al otro lado del escaparate, donde Hazel vio a la mujer con la que había entrado, que en ese momento estaba disfrutando del calor de los rayos del sol en la cara—. Es una enamorada de Auden y esto es un regalo de boda para ella.

—«El tiempo solo dice: “Lo sabía”» —citó Hazel a Auden con una sonrisa.

—Ese es uno de mis favoritos —confesó—. Pero el suyo es: «Deja que sea yo el que más ame».

—Ah, qué bonito —contestó Hazel—. Que sean muy felices.

Para cuando terminó de atender al novio perdidamente enamorado, Edwin había salido a hacer un recado, y Tim estaba acuclillado, reorganizando el contenido de un estante de libros infantiles que un niño pequeño sin supervisión había desperdigado por el suelo.

Antes de que pudiera volver a la parte de atrás, la campanilla de la puerta tintineó de nuevo, y, cuando levantó la vista, se encontró a su mejor amiga, Kelty, y su hija Midge, una diablilla de ocho años.

Sonrió a la pequeña, que tenía las piernas largas, aunque el resto del cuerpo aún estaba en proceso de igualarlas con un resultado más que irregular. El pelo caoba se le escapaba de las dos trenzas, igual que le pasaba a Kelty muchos años atrás, cuando Hazel la conoció durante la evacuación.

En la mente de Hazel aparecían imágenes así muchas veces, rápidas como colibríes; recuerdos de aquel día de septiembre, frío y despejado, en que salieron de Bloomsbury en filas ordenadas para subir a unos trenes.

—¡Tía Hazel! —exclamó Midge, y le rodeó la cintura con los bracitos—. Mamá dice que hoy puedo escoger dos libros en Foyles. ¡Dos!

—Vaya, qué bien —contestó Hazel, que se inclinó para saludar a Kelty con un beso en la mejilla.

—Venimos del colegio y se me ha ocurrido pasar a verte. —Kelty llevaba un vestido color esmeralda con la cintura ajustada y zapatos de charol, y parecía más una estudiante que una madre. Se había recogido el pelo caoba en una coleta alta y lo adornaba con una diadema ancha también verde. Todos los hombres que se cruzaban con ella la miraban al menos dos veces (algunos incluso tres).

Midge empezó a dar saltitos.

—Voy a la parte de atrás a mirar el libro de *El capitán pirata*, aunque no me dejes tocarlo —anunció.

—Ahora no, cariño —dijo Kelty—. Vamos a buscar a tu padre. —Y después añadió dirigiéndose a Hazel—: Sabes que su afición por los libros es culpa tuya, ¿verdad?

—La asumo encantada. —Hazel hizo una reverencia irónica con una gran floritura de la mano ante Midge, que soltó una risita.

—¿Vienes con nosotras? —preguntó Kelty con tono esperanzado.

Hazel señaló la parte de atrás con un gesto de la cabeza.

—Todavía me queda trabajo por hacer.

—Me lo temía. Bueno, solo queríamos venir a verte en tu último día en Hogan's. No podíamos dejar que pasara esta ocasión sin más, ¿verdad?

Hazel le dio un beso en la mejilla y un tironcito en las trenzas a su ahijada.

—¿Os veo mañana? Esta noche voy a cenar con mamá y Alastair.

—Pues buena suerte —le deseó Kelty antes de darle un abrazo.

Hazel las vio marcharse, con Midge agarrada de la mano de Kelty y dando saltitos de camino a la puerta, y la invadió una oleada de amor y arrepentimiento. Cuánto las quería y, a pesar de ello, cuánto se resistía a tener un hijo propio, una familia. Pero por fin su nueva vida estaba despegando. Y Barnaby y ella habían empezado a hablar de matrimonio.

Tenía muchas cosas buenas por delante. Después de una pérdida tan grande...

Como Tim estaba en la sala principal, Hazel volvió a la parte de atrás con sus paquetes. Colocó la mano sobre el último envoltorio rectangular. «Este va a ser el último de todos», se dijo y después se rio ante esa descripción tan teatral de un trabajo bastante sencillo.

El envío procedía de Estados Unidos y tenía unos sellos de correo aéreo de color rojo, muy llamativos. Hazel quitó la cinta de embalar y encontró una encuadernación en pergamino de cartera envuelta con una cinta de terciopelo también rojo. Siempre podía adivinar si se había guardado un libro por dinero o por amor, y estaba claro que en ese caso había sido por lo segundo.

Tiró del extremo de la cinta, que se soltó despacio.

Con los guantes blancos puestos, abrió la cartera y encontró un montón de ilustraciones pintadas a mano en un grueso papel de algodón, separadas unas de otras con papel de seda.

La ilustración que aparecía arriba era una imagen encantadora de dos niñas cogidas de la mano que corrían por un espeso bosque color esmeralda, con las coletas al viento y los vestidos cubiertos de rosas amarillas. A la derecha había un río y, al fondo, un deslumbrante castillo blanco en el que ondeaban unos banderines rojos y verdes en lo más alto de los torreones.

Hazel se quedó sin respiración. De repente se sintió mareada y a punto de perder el equilibrio. Se le puso la piel de gallina en la nuca, y en un abrir y cerrar de ojos su mundo se redujo a ese montoncito de ilustraciones que había sobre la mesa de pino.

Se inclinó para acercarse un poco más. ¿Qué era? ¿Qué tenía esa ilustración que parecía que podías meterte en la escena, entrar en esa tierra obviamente mágica? Había pequeñas criaturas silvestres escondidas entre las hojas verde menta y las ramas retorcidas. En concreto, ardillas listadas y comunes, pájaros de distintas especies, una mariposa y un castor. Un búho enorme observaba a las dos niñas desde una rama alta.

Hazel se estremeció.

Cuando inspeccionó el río de cerca, vio que estaba salpicado de algo que parecían estrellas.

Estrellas.

Un río de estrellas.

Dejó los guantes blancos en la mesa y se apoyó en ella. No era posible. Por supuesto que no lo era. Se estaba dejando llevar por su imaginación. Era demasiado melodramática. Podría haber otras tierras imaginarias con ríos de estrellas. Claro que sí.

Levantó con mucho cuidado el montón de papeles y miró el libro que había debajo. En la tapa decía: *Whisperwood y el río de estrellas*. De Peggy Andrews. Y en la cubierta azul y verde había una ilustración de las niñas.

—No puede ser —murmuró Hazel—. No.

Whisperwood les pertenecía a ella y a su hermana perdida, Flora. Era su reino privado, que cobraba vida cuando estaban juntas, un mundo de fantasía que había inventado para que las ayudara a soportar lo peor de la guerra, un lugar donde encontraban consuelo en un mundo en el que había muy poco.

Y había desaparecido en el río, con Flora.

Por primera vez en veinte años, Hazel pronunció ese nombre en voz alta, con tono de puro asombro:

—Whisperwood.

3

Septiembre de 1939

HAZEL Y FLORA estaban sentadas en el mullido césped de su jardín trasero en la ciudad inglesa de Bloomsbury. En el apartamento había demasiado silencio y desesperación. La radio estaba apagada, por si daban malas noticias. Su madre no quería que las niñas las oyeran. Ella tenía los ojos enrojecidos por las lágrimas, aunque intentaba que sus hijas no se dieran cuenta. Pero, desde el otro lado de las gruesas paredes de yeso, ambas la habían oído llorar hasta quedarse dormida, si es que había llegado a dormir unas horas.

A pesar de todo, aquella preciosa tarde en el jardín de atrás se podían permitir un momento de respiro. Hojas doradas, escaletas y marrones resquebrajadas cubrían el césped, que estaba rodeado por unos muros de ladrillo más altos que su padre. El espacio cerrado no era mayor que la clase de Hazel en la escuela de Bloomsbury. Las niñas estaban esperando que su madre volviera a casa después de su turno en el Royal Voluntary Service; les había dicho que quería seguir siendo útil en los momentos en que Gran Bretaña la necesitaba.

En aquellos tiempos podían caer bombas del cielo cualquier día. En el colegio, a Hazel le ponían en la pantalla enrollable unas películas llenas de rayas, con imágenes en blanco y negro de aviones en pleno vuelo que abrían las tripas para soltar unos cilindros que caían a plomo al suelo y explotaban, seguidos de fuego y destrucción. Hazel se imaginaba las bombas cayendo

sobre ella, su hermana, su casa y su madre... Sobre todo, sobre su querido Bloomsbury.

Todas las mañanas Hazel se despertaba sana y salva, pero se preguntaba si aquello ocurriría ese día. ¿Sería entonces el momento para el que se preparaban en el colegio, el que anunciaban los carteles que había en las farolas de Londres, el día en el que separarían a los niños de sus madres, sus casas y de todo lo que conocían y amaban, y los enviarían lejos para que estuvieran seguros?

Lo llamaban Operación Flautista de Hamelín, el nombre de un cuento infantil para una idea horrible.

Hazel había oído que algunas familias habían enviado a sus hijos a Estados Unidos con algún pariente, pero los Linden no tenían tías ni abuelos en algún lugar seguro fuera de la ciudad. Ella quería ser valiente, pero solo la idea de abandonar Bloomsbury, Mecklenburgh Square y su apartamento de dos dormitorios en la mansión junto al parque ovalado con los senderos iluminados por farolas le ponía muy nerviosa y le quitaba el sueño. Si las bombas iban a caer del cielo, no entendía por qué tenía que irse a otra parte. Al fin y al cabo, el cielo lo cubría todo.

No habría lugar donde esconderse.

Mientras Flora dormitaba en su regazo, el recuerdo del día en que papá se fue se coló en su mente como una visita inoportuna, algo que le pasaba a menudo cuando estaba en silencio.

«Haces demasiadas preguntas y piensas demasiado. No molestes a mamá con esas cosas tuyas. Guárdatelas para el colegio. Ella ya tiene bastante de lo que preocuparse como para tener que buscarle respuestas a preguntas complicadas», le había dicho su padre con una sonrisa. Estaba delante de sus hijas con una chaqueta militar de un verde oliva apagado. Después se inclinó, le dio un beso en la frente a Hazel y le dedicó una sonrisa dulce y triste solo a ella.

La niña asintió con los ojos llenos de lágrimas, pero en realidad quería gritar: «¡No te vayas! ¡Si te vas, todo se estropeará!». Sabía que eso era lo que iba a ocurrir.

Pero no pudo evitar nada de lo que estaba por venir, porque entonces afuera sonó un claxon, y por los grandes ventanales vieron un coche alargado negro aparcado junto a la acera que había frente a su apartamento de Londres, esperando a su padre. Caía una lluvia fría que repiqueteaba contra los cristales.

Hazel se agarró al extremo de la manga rígida del uniforme de su padre y Flora, que tenía cuatro años, se abrazó a su pierna izquierda, de forma que, si quería irse, tendría que arrastrarlas hasta la puerta principal y después llevarlas rebotando por los escalones de mármol hasta la acera resbaladiza por la lluvia que daba a la plaza ajardinada. Su madre se quedó tras las hermanas, sin intentar siquiera contener los sollozos. «Niñas, vuestro padre tiene que irse ya», intervino.

Pero Flora dijo con total simplicidad y seguridad: «No».

Su padre se encorvó para coger en brazos a la niña, la única forma de conseguir que le liberara la pierna, y entonces ella se le abrazó al cuello. El grueso pelo negro de su padre, una bendición de los irlandeses, según sus propias palabras, estaba oculto bajo una gorra de color marrón y verde oliva. Hazel tuvo envidia de su hermana, pero era demasiado mayor para que su padre la llevara en brazos así. En vez de llorar como su madre, Hazel congeló sus palabras, guardándolas bajo una capa de hielo plateada tan fría como la que aparecía en el estanque redondo de Kensington Gardens en lo más crudo del invierno.

Su padre se zafó de los brazos de Flora y le dio dos besos en las mejillas antes de pasársela a su madre. «Prometo regresar con mis chicas». Le dedicó a su madre una mirada tan absolutamente desgarradora que Hazel no pudo evitar desear que algún día un hombre la mirara a ella de la misma forma.

«Os quiero mucho a todas. Sed buenas. Ayudad a vuestra madre, haced lo que os dice. Os veré pronto. Protegeos las unas a las otras». Su cara tembló como si se estuviera produciendo un pequeño terremoto bajo su piel y eso, más que su partida, fue lo que hizo que Hazel se sintiera débil y aterrorizada.

Les dio besos a todas y después se fue. Cruzó la puerta prometiendo volver, pero esa fue la última vez que lo vieron. Durante unas maniobras de la RAF, un motor defectuoso se incendió y su vida terminó entonces.

Hacía un año de la escena de la despedida. Después de que su padre se colgara la bolsa de lona al hombro y cerrara la puerta al salir, Hazel, Flora y su madre se quedaron un rato allí, de pie, abrazadas, hasta que por fin su madre resopló y se limpió las lágrimas de la cara con la palma de la mano. «Bueno, chicas, es hora de poner la mesa. La cena ya está casi lista».

«Bien, así es como vamos a hacer las cosas. Fingiremos que no pasa nada, que todo está bien, y nos ocuparemos de la cena y del resto de las cosas que hay que hacer hasta que él vuelva», pensó Hazel. Pero el telegrama que les comunicaba su muerte llegó solo una semana después, y desde entonces la casa y el mundo se habían vuelto más oscuros y silenciosos. La guerra se acercaba inexorablemente y ya casi se percibía su aliento en el aire.

Su padre se había ido para siempre y ellas tenían las bolsas de viaje preparadas y a la espera, con las máscaras de gas colgando de las correas como monstruos con una nariz enorme. Las habían hecho en el colegio, la de Hazel de color negro y la de Flora en su versión preescolar: una máscara roja y azul con Mickey Mouse, diseñada para que los niños pequeños no se asustaran al verla, aunque eso no servía para nada. Eran objetos que daban miedo de todas formas.

Aunque en aquel momento, en el jardín de atrás con Flora, Hazel no quería pensar en tener que irse de allí. Lo cierto era que no podía pensar en nada más.

—Cuéntame un cuento —le pidió su hermana tras despertarse, desperezarse y acurrucarse más cerca de Hazel, con el raído oso de peluche bajo el brazo.

Flora era una niña muy dulce, con unos rizos rubios alborotados, grandes ojos marrones y unas pestañas larguísimas, tanto que casi le rozaban las cejas. Tenía unas cuantas pecas salpicándole la nariz y las mejillas, y una marca de nacimiento muy característica en la parte interior del brazo, a unos cinco centímetros de la parte interior de la muñeca. Hazel decía que esa marca marrón parecía unas orejas de conejo, su madre aseguraba que eran alas de mariposa y su padre afirmaba que le recordaba a las alas de un ángel. Su madre le contó una vez a Hazel que su abuela tenía la misma marca, así que era un regalo ancestral, no un error. Aquella noche, a solas en el baño, Hazel se examinó todo el cuerpo, o al menos lo que podía ver, en busca de una marca ancestral. Pero ella no tenía ninguna.

Durante aquellos días se quedaba todas las tardes con su hermana, aunque no le importaba; esa era la parte fácil. Lo difícil era inventarse cuentos nuevos continuamente.

Las flores del jardín aún conservaban los colores del final del verano. Los acianos y las flores de la zanahoria silvestre todavía se agitaban muy cerca de la tierra, mientras que las lechugas del huerto de su madre ya mostraban los bordes un poco mustios. Los rosales cubrían de flores rojas y rosadas la base del muro de ladrillo que compartían con los vecinos de los tres lados. Hazel inhaló su perfume y sintió que las palabras crecían y bullían en su interior.

—Había una vez, no muy lejos de aquí, hace no tanto, un lugar invisible que todavía existe y está aquí mismo, cerca de nosotras.

Flora se rio encantada. Los cuentos servían para calmarla, como el chupete de un bebé; eran la única forma que tenía Hazel de hacer que su hermana pequeña se quedara sentada y

tranquila y dejara de revolverse con esa energía casi eléctrica que la mantenía siempre inquieta. La solución para la ansiedad y las noches sin dormir de Flora, y lo que evitaba que se sobresaltara con cualquier ruido o sirena, era contarle un cuento. Era su forma de superar el miedo.

Flora, que solo tenía cinco años, preguntó:

—¿Es invisible y está aquí?

—¡Sí! Aquí mismo y, por increíble que parezca, está en otro lugar al mismo tiempo.

Entonces fue cuando Hazel lo entendió: nadie iba a decidir por ellas dónde iban a pasar el tiempo que quedaba hasta el final de la guerra. Lo haría Hazel. Aún no sabía mucho sobre aquel lugar, pero iría descubriéndolo según lo fuera contando.

—¿Cómo puede un lugar ser dos? —preguntó de nuevo Flora.

—Es magia —respondió Hazel muy pragmática—. En esta tierra puede pasar cualquier cosa, podemos ser todo lo que deseemos. —De repente aplaudió—. Hay un río de estrellas que fluye por ella.

—Quiero ir. —Flora se sentó muy erguida y dejó al osito en el suelo en un pequeño desnivel—. ¿Cómo llegamos hasta allí?

—Estate atenta para encontrar las puertas secretas. Están escondidas por todas partes y solo pueden verlas las personas que se lo merecen. —Hazel hizo una pausa—. Por suerte, nosotras somos dos de esas personas.

Flora sonrió y se sentó aún más erguida.

—¿Podemos ir?

—¡Sí!

—¿Dónde está?

Hazel miró al cielo totalmente despejado para encontrar respuestas, a la espera de que su imaginación se las proporcionara. Pensó en Nunca Jamás, el País de las Maravillas y el Bosque

de los Cien Acres. Para llegar a esos lugares secretos tenías que volar o caer accidentalmente por alguna parte.

—¿Bajo las piedras? —Flora se movió hacia delante y colocó las manos sobre la hierba poco uniforme—. ¿O está muy arriba, más alto incluso que los aviones?

—No —dijo Hazel sin dudar, aunque no podía explicar cómo lo sabía. Entonces vio un brillo iridiscente en el borde de las sábanas blancas tendidas al sol—. Siempre está aquí —continuó—, pero no podremos verlo hasta que crucemos la puerta. ¡Mira! —Hazel señaló las castañas, con sus cáscaras verdes cubiertas de pinchos, que colgaban de las ramas del castaño—. La entrada resplandece porque la luz asoma por la puerta. Y el aire vibra.

—Tengo miedo —dijo Flora.

—No te asustes. Es verdad que algunos bosques dan miedo. Pero el nuestro no. Es mágico y nos pertenece. Esta tierra está de nuestra parte. Es... un lugar seguro.

Flora arrugó la nariz, apretó entre el pulgar y el índice la patita de *Berry*, el oso de peluche raído, y después se la acarició.

—¿Y cómo se llama ese lugar? —quiso saber Flora en un susurro, con sus grandes ojos muy abiertos.

Hazel se imaginó un bosque, un río y un castillo a lo lejos. En ese lugar no había guerras ni sufrimiento. Podían hacer lo que quisieran y convertirse en lo que les apeteciera.

Flora tiró de los extremos de los rizos de Hazel.

—Hazel, ¿cómo se llama? —insistió la niña.

El nombre no era algo que se pudiera elegir a la ligera. Flora, Hazel y su madre, Camellia, tenían nombres de plantas. Lea y Mersey, sus segundos nombres, eran los de los ríos de la infancia de sus padres. «No lo olvidéis, vosotras sois tierra y agua. Las dos. Y también amor. Nuestro amor», les dijo una vez su padre a las niñas, y después abrazó a su madre tan fuerte que ella se ruborizó y le dio unos manotazos juguetones para apartarlo.

El nombre de esa nueva tierra brotó de los labios de Hazel como una oración; era un nombre que ya existía, que había estado esperándolas, un nombre de secretos, de la tierra y los ríos, igual que las dos hermanas.

—Se llama Whisperwood y el río de estrellas.

Hazel le cogió la mano a su hermana y las dos se levantaron, se acercaron al castaño que había en un rincón y pusieron ambas manos sobre los surcos ondulados de su corteza, que notaron áspera bajo las palmas.

—Cierra los ojos —indicó Hazel, y ambas se volvieron a sentar en la hierba, con Flora enroscada contra Hazel como un cachorrito—. Este reino está hecho de flores, ríos y árboles... Como nosotras.

—¡Vamos allí ahora! —gritó Flora.

—Cuando crucemos la puerta, podremos ser lo que queramos. Viviremos una aventura, pero tendremos que volver aquí después, a menos que...

—¿A menos que qué? —preguntó Flora en voz baja—. ¿Y si nos perdemos?

—Nadie puede perderse en Whisperwood.

—¿Y podemos quedarnos? —Levantó la vista para mirar a Hazel y el sol que se colaba entre las hojas formó un patrón similar al encaje sobre las mejillas de Flora.

Hazel lo pensó.

—Al principio, no... Tal vez algún día, cuando elijamos nuestros destinos. Pero solo entonces.

Examinó con cuidado el árbol, deseando encontrar una madriguera, un hueco por el que entrar que las llevara a otra parte. Encima de su cabeza un mirlo cantaba con su característica voz aguda, solitario y quejumbroso, con el pico naranja que destacaba sobre las hojas de un verde esmeralda.

Flora levantó la vista.

—¿Y qué vamos a ser? ¿Pájaros?

—Lo sabremos cuando llegue el momento. Tenemos que seguir intentándolo hasta que encontremos lo que está destinado para nosotras.

—¿Y las dos vamos a ser la misma cosa? —Flora se acercó aún más a ella, como si eso sirviera para garantizar que ambas acabaran siendo lo mismo—. ¿Es posible que yo sea un pájaro y tú una mofeta?

Hazel se echó a reír.

—¿Una mofeta? ¿Por qué voy a ser yo la mofeta?

Flora se apretó contra ella.

—Porque hueles mal.

Hazel apartó a su hermana de su regazo de un empujón.

—¡No digas eso!

—No lo digo en serio —contestó Flora, y volvió a acercarse—. ¿Qué va a pasar después?

A veces, cuando Hazel inventaba cuentos para Flora, lo siguiente que ocurría en la trama le llegaba volando, como un secreto que solo ella podía oír. Otras veces el cuento se escondía entre las sombras, porque no estaba listo para revelarse.

Hazel le dijo la verdad a su hermana.

—No lo sé. Tal vez estamos destinadas a ser lo mismo o tal vez no. Pero lo que puedo decirte es que siempre hay un búho vigi-lándonos.

—¿Y cómo entramos?

Una nube baja envolvió el sol como si fuera una sábana de lino y las dos se estremecieron. Entonces Hazel dijo:

—Cerramos los ojos y entramos susurrando su nombre tres veces: Whisperwood. Whisperwood. Whisperwood. —Hizo una pausa para crear suspense—. Ya estamos aquí por fin —continuó—. ¿No es precioso, Flora? Qué bosque más verde y cómo resplandecen las estrellas del río. Y ¡oh...! ¡Ahí, frente a nosotras, está el castillo!

—¿Y qué somos? ¿Qué? ¿Qué? —chilló Flora impaciente.

—Somos... ¡Pájaros azulejos!

Abrió un ojo para mirar a su hermana y notó una sensación cálida en el pecho, justo bajo las costillas. Flora se tumbó sobre la hierba y sonrió, con los párpados tan apretados que tenía la carita arrugada. Levantó los brazos y aleteó. Sí, esa era la forma de escapar de la preocupación y el miedo.

La voz de Hazel la guio por aquel bosque con ramas tan inmensas y robustas que parecía que podían atrapar a las hermanas y retenerlas. En la orilla del río vieron constelaciones deslumbrantes que flotaban y cometas que cruzaban el cielo sobre un agua cristalina que fluía muy rápido.

—Hoy vamos a conocer a la ardilla listada de la chaqueta roja —explicó Hazel—. Oh, mira, Flora, estamos volando sobre el bosque, por encima de todos esos árboles tan altos. Más allá el Támesis se encuentra con el mar. Desde aquí podemos verlo todo.

Se quedaron tumbadas juntas, disfrutando de haberse convertido en pájaros, experimentando su propio mundo dentro de su mente. Mientras extendía las alas sobre esa tierra llena de vida que había creado, Hazel se dio cuenta de que había encontrado una historia interminable que podía contar una y otra vez.

Tan embelesadas como estaban con su tierra imaginaria, a ambas hermanas las sobresaltó la llamada de su madre.

Cuando abrieron los ojos, Hazel y Flora se la encontraron de pie a su lado. La luz del sol que la iluminaba desde detrás creaba un halo a su alrededor. Llevaba un vestido floreado de color rosa y amarillo, los largos rizos de color ámbar le caían por la espalda y el viento los agitaba.

¿Había alguna otra madre en el mundo tan guapa como la suya? Hazel lo dudaba mucho.

Pero ocurría algo. Aunque su pintalabios era como una pincelada de rojo sobre alabastro, la boca de su madre estaba torcida,

temblaba, le costaba mantenerla relajada. Sus ojos estaban alerta y tenía el delineador de ojos corrido.

En la mano llevaba un trozo de papel de color crema que la brisa no dejaba de sacudir.